



Borges, en la Anécdota

Por Nicolás Cócero

●El inventario de anécdotas reales y legendarias que rodea a la figura del escritor argentino es abundante, sabroso y muy irónico. Aquí se recuerdan algunas de ellas.

LA influencia de Borges en la América hispánica se ha tornado más persistente, más abarcadora y más renovadora que la de Rubén Darío y el modernismo en su tiempo. Los términos que se relacionan con la tierra y el cosmopolitismo, típica expresión de la tenencia poética del vate caraqueño, han evolucionado en Borges. Han avanzado con simplicidad. Sus notas más distiguadas, entre tantas admiradas, trascienden lo nacional y se ubican en lo universal.

May pocas veces se ha dado el caso de un escritor argentino que recreó con tanta magia y con tanto humorismo las paradojas y las anécdotas. Para las imprevistas circunstancias, Borges tenía una respuesta, llamémosla magistral, profunda, risueña, desenvuelta que, en muchos casos, llegaba a acrecentar la caricatura o se convertía en una sentencia aleccionadora.

En una oportunidad, el publicista español Arturo Cuadrado, durante tantos años exiliado en Buenos Aires, en la época de Lorenzo Varela y Luis Seoane, se encuentra con Borges, y le dice: "Borges, he soñado que mi mujer se muere y se despidió diciéndome, adiós, Arturo, adiós. ¿Tú qué piensas de ello?". Y Borges, como si retornara de alguna galaxia, le pide que le repita la expresión. Cuadrado lo hace. Entonces, al oír aquella frase: "Mi mujer se muere, me iba saludando, mientras me decía adiós, Arturo, adiós", Borges, expresivo, contesta: "¿Qué alienta, no?".

En una oportunidad, y Borges sentía especial placer en recibir inocentemente, a veces no tanto, terríblemente, elegantemente franceses, publica una carta de lectores y hace referencias a esos generales que nunca sepan silbar una sola. La expresión tenía su significado y su aparente contradicción en un poeta que siempre elogiaba a sus antepasados condeados o generales que se habían

jogado la vida en el frente de batalla, como el coronel Borges. Cuando se comenta la carta entre los lectores, se levanta un revuelo de padre y señor mío. Un general le da veinticuatro horas para que se ratifique o se rectifique. Quiere retarlo a duelo. Borges, ciego, medita. Luego, lleva una carta al mismo diario. Entre otras, resalta:

Pocas veces se ha dado el caso de un escritor argentino que recreó con tanta magia y con tanto humorismo las paradojas y las anécdotas. Para las imprevistas circunstancias, Borges tenía una respuesta, llamémosla magistral, profunda, risueña, desenvuelta.

Esta expresión filosófica, única, escrita con sorna: "Si es verdad, este general una vez dijo silbar una sola". Cuando la frase sonora. Y creo que se le sagió el pundonoroso militar que, para evitar el ridículo consuetudinario público, no contestara más. La hilaridad llenó los círculos literarios por la pulcra y joc la valentía del poeta, pues siempre él confiaba que era un colérico, algo que muchos creyeron pero nosotros no.

Cuando, en la época de la guerra de las Malvinas, se le interrogó acerca de esta guerra tan cruel del Atlántico Sur, contestó, muy sereno, casi con sorna: "Son dos cullos peleando por un perro".

Una noche estábamos reunidos en los patios de la casa colonial de la Sociedad Argentina de Escritores, en la calle México, de Buenos Aires. Verano. Llegaba hasta el callejón la frescura del perfume del jasmín del pan y de



Jorge Luis Borges

y pasada, típica y juguetosa de Borges que enfatiza: "¡Desuadidos, mi amigo, desuadidos! Que no escriban más". Frente a la curvadura en la canoa colonial. Y Borges, como si otro lo hubiera dicho, siguió hablando de no sé qué vaga teoría sobre El Golem.

Cuando el presidente Perón asumió por tercera vez, ya anciano, la presidencia de la República, algunos comidos, como los mismos que en otra oportunidad, cuando Borges era bibliotecario municipal, lo hicieron designar inspector de galletas y conchas en la fiera, se personaron a Perón para que encarcelara al viejo Borges, insignificante y caprichoso, que escribe versos "anodinos". (Algunas vez Borges sostuvo: no gusta su cultura pero no practico los deportes ligeros). Cuando Perón, que era rápido y cauto, los oyó, se rió a carcajadas y contestó: "¿A quién? ¿A Borges? No, compañeros, si es un viejo. ¿Cómo lo voy a meter preso? No, dejando tranquilo". Al día siguiente, la anécdota, tan magistral, del presidente, se publicó en los diarios. Los periodistas fueron a visitar a Borges a su modesto departamento de la calle Maipú, de Buenos Aires. Allí vivía con su anciana y combativa madre, doña Leonor Acevedo, y el gato llamado liepo. Borges, como Perón, viejo cauto y muy azno, pero iluminado, que ya conocía la historia, los pidió, riendo ciego, que le leyeran la información. Al oír que Perón repetía es un viejo, no hay que meterlo preso, hay que dejarlo tranquilo, Borges contestó, cerrando los ojos y levantando la cabeza, como un consumado jugador de truco, irasando, riendo: "Díganle a Perón que estamos "compadros" como en el truco". (Es decir, estamos iguales. Somos viejos los dos, aleccionó con humorismo).

La ironía, el humor y la paradoja campean en estas historias tan difundidas como su obra. Al lado de estos juegos del facode—muchacho aspiado, viejo travieso—, estaba el pensador. Un día le comentó a Mirra Kodama, en el desierto del Sahara, cerca de la pirámide de Keops, mientras tomaba un paréntesis de arena fatigada por el tiempo "Vea, María, estoy modificando el Sahara". Así era Borges. Así era el Borges que revolucionó, más allá de París, con tal profundidad, la poesía local y también, en parte, la universal.

Borges, en la anécdota [artículo] Nicolás Cócero.

Libros y documentos

AUTORÍA

Cócero, Nicolás

FECHA DE PUBLICACIÓN

1991

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Borges, en la anécdota [artículo] Nicolás Cócero. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)